



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 5.^a — AÑO XIII. — TOMO XI.

NÚMERO 11. — Madrid 15 de Abril de 1888.

NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	4 ptas.
Seis meses.....	7.50 "
Un año.....	15 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 pr. fs.
Un año.....	4 "

PROPIEDAD

DEL ASILO DE HUERFANOS DEL S. C. DE JESÚS

Director: D. FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA

CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. f.
Un año.....	5 "

SUMARIO

Texto.

La década, Tordesillas. — *Carta Pastoral del Sr. Obispo de Madrid sobre el hipnotismo*, J. B. P. — *Misiones capuchinas en Guayana*, Vicente de la Fuente, de la Real Academia de la Historia. — *La limosna en la calle*, Fernando Martínez Pedrosa. — *Morir para reinar*, poesía, Francisco Pareja de Alarcón. — *El organista de Herford*, S. Montesa. — *Asociaciones benéficas*. — *Crónica*. — *Notas sueltas*.

Grabados.

EL MONTE TABOR. — Perspectiva de la célebre montaña situada a diez kilómetros S. E. de Nazareth. El pueblo de Daburiek se halla al pie. En él quedaron los Apóstoles que no asistieron a la Transfiguración. Desde la cumbre se descubren majestuosas ruinas de edificios, levantados en aquel lugar, por la piedad de los primeros fieles. Las ruinas estaban hace años pobladas de vegetación, pero las excavaciones practicadas por los Padres de Tierra Santa patentizaron la existencia en siglos primitivos de las dos iglesias dedicadas una a la Transfiguración del Señor y otra a Moisés, en representación de la ley antigua. Allí existen un convento e Iglesia de griegos cismáticos y casa-hospedería de Padres Franciscanos.

CASTILLO FEUDAL. cuadro de Muñoz Degraín, dibujo de Subietas. — A primera vista se advierte la mano experta que ha trazado estas líneas. Muñoz Degraín, luchando con las dificultades de asunto tantas veces reproducido, concibió y a maravilla ejecutó esta obra, que el Sr. Subietas copia escrupulosamente hasta el punto de que el grabado produzca la misma impresión que si fuera una fotografía.

ZANZE, de G. Favretto. — Este cuadro original lleva el título de la mujer veneciana que immortalizó Silvio Pellico. Favretto es un artista atento a la verdad pictórica y que busca casi siempre sus asuntos entre los tipos y escenas populares de su país. La composición es notable: la figura de la muchacha, graciosa y naturalista y el conjunto por todo extremo airoso y agradable.

LA RÍA DE AMER, por Félix Mestres. — Reproduce este apunte en que la soltura compete con la verdad, una de las rías más hermosas del Ampurdán. La copia es justa; la paz del lugar convida al descanso en día de estío y parece que el ambiente refresca la vista. Mestres, autor de este dibujo, se somete fácilmente a la impresión del natural.



EL MONTE TABOR.

LA DÉCADA



¿Qué pasa por el mundo? Mucho de ordinario, como si dijéramos, ordinario; pero, en suma, nada de particular. En Alemania la intriga sorda que presenta al gran Canciller en disidencia con el Emperador. Telegramas que por un lado cuentan las aclamaciones populares recibidas por la Emperatriz Victoria, y por otro, la antipatía que despierta en ciertas clases. El Kromprinz sometido a Bismarck, y la salud del nuevo Rey de Prusia, resucitado por el doctor Mackenzie, siendo garantía para el porvenir del imperio y de la paz europea. Francia, precipitada en la pendiente a que la arrastran sus grandes errores, sumida en el desconcierto, cambiando su Gobierno cada quince días, se halla a merced de una *troupe* de pequeños dictadores, sobre los que se encarama el dictador máximo, Boulanger, cómico actor de bríos, convertido en salvador del país, a quien ciertas gentes aclaman como remedio empírico, como curandero de los males que afligen a la desvencijada República. Y en tanto, los parisienses siempre los mismos: en sus animados salones, según refieren las últimas correspondencias, se ha inventado una nueva figura de cotillón, llamada «el regreso del general.» Al ejecutarla, los bailarines levantan el cuello del frac, montan sobre la nariz unos anteojos azules y hacen

que cojean, desfilando así delante de sus parejas que eligen para dar una vuelta al «bravo general.» Se ve que el que no se consuela es porque no quiere. Italia, mientras, atiende á las negociaciones de paz con Abisinia, festeja á la Reina de Inglaterra, su huésped. En el palacio Pitti, de Florencia, se verificó el almuerzo, en que figuraba suntuosa vajilla cincelada por el célebre Cellini. A la mesa del Rey sentáronse, además de la Reina Victoria, los Emperadores del Brasil, la Reina Natalia de Servia y la Princesa Beatriz. Los Reyes de Wuttemberg no asistieron, aunque también están allí, y por allí pasa el Rey Oscar de Suecia, que va á Portugal y que visitará á España.

A Roma llegaron nuevas y numerosísimas peregrinaciones, y entre otras la francesa, de más de 8.000, presidida por sus Prelados. León XIII dijo una misa en San Pedro, demostrándose cuán infundados son los temores esparcidos sobre la salud del Papa. Los peregrinos presentes eran 15.000.

* *

La cuestión social, la crisis cañera y jornalera en Andalucía, los anuncios fatídicos del hambre que amenaza á las clases populares en diversas provincias, júntanse á desastres como el del torpedero *Habana*, que costó la vida á cuatro hombres, y á los anuncios de estragos causados en España por el temporal, á las inundaciones y avalanchas de Alemania, Suiza, Inglaterra y Estados Unidos, formando tal conjunto la página negra de estos días calamitosos, recargada aquí con una nota de color sombrío y angustioso, de esas que tardan en borrarse de la imaginación.

Tres desdichados han expiado en el cadalso un crimen de asesinato, que por lo repugnante, no quiero recordar. Entre ellos estaba una mujer; su presencia ha hecho doblemente sensible y conmovedor el acto de la ley, que juzga y condena. Esta no ha consentido que nuestra piadosa Reina pudiera hacer uso de la gracia de indulto, como vivamente anheló y solicitaron la prensa, los defensores de los reos y varias personas notables. La prensa cumplió esa misión de caridad que siempre halla eco en los corazones; trabajó por salvar del castigo, más extremoso á tres seres humanos, pensando ante todo sin duda que todos ellos dejan hijos, criaturas inocentes condenadas al abandono, pero que gracias á la protección de la Reina y de otras buenas almas, no quedarán abandonadas.

Los periódicos de Madrid, á ejemplo de los de París, donde los crímenes se convierten en drama y dan pábulo á la novela de la prensa, publicaron extensas relaciones de los trámites seguidos en el tenebroso asunto de la ejecución. Una vez más hemos leído la biografía del verdugo. Se han sacado los retratos de los criminales y la vista del patíbulo. Se ha buscado el interés en escenas dolorosas á que el pueblo se aficiona, tanto más, cuanto mayor es el esmero de pintarlas con vivos colores, sin excluir el más mínimo de sus horrendos detalles. La descripción minuciosa de larga estancia en capilla, siguiendo el hilo de los sucesos, sirvió al cabo para conocer uno, consolador y significativo. El reo más empedernido oyó la voz de la conciencia; trocó las iras del culpado por la mansedumbre del arrepentido; su espíritu se movió hacia Dios. La religión habrá salvado su alma. En tanto, la paz reinante en la capilla, turbada por los sollozos, lo era también por el trajinar de los operarios, que á tan avanzada hora, no habían terminado el tablado. La sierra del carpintero, con su áspero y monótono sonar, hería sus oídos; cada seco golpe del martillo no le recibía solamente la madera, sino el cuerpo estremecido, las sienes palpitantes de los infelices ajusticia-

dos. La paz y la caridad solícitas estaban allí, aunque no por entero. Veinticuatro horas de capilla bastan para anticipar la muerte. Parece que en lo sucesivo se reducirán. ¡Dios quiera que no haya que emplear ninguna! ¡Dios nos libre del ejemplo que algunos padres buscan para sus hijos en presencia del patíbulo.

* *

La Memoria presentada al Ayuntamiento de Madrid por el Concejal delegado de cementerios, sobre la mortalidad correspondiente al año 1887, arroja cifras aterradoras. Véase la estadística, por distritos, de las defunciones ocurridas:

Palacio.....	1.785
Universidad.....	2.336
Centro.....	717
Hospicio.....	1.945
Buenavista.....	1.704
Congreso.....	780
Hospital.....	4.344
Inclusa.....	2.132
Latina.....	1.876
Audiencia.....	1.062

TOTAL..... 18.681

De éstas fueron 9.854 varones y 8.827 hembras. El número de párvulos fallecidos asciende á 8.614; 1.097 de difteria.

Resulta de estos datos que, proporcionalmente, Madrid es la población de España que mayores tributos rinde á la muerte, sin que con esta ansia de vida y de goces que nos devora haya medio de evitar, ó por lo menos corregir el azote, saneando distritos que, como el del Hospital, parecen focos exterminadores de sus habitantes.

La cuestión de salubridad, más grave de todas las que puedan afectar á un pueblo, se halla en completo olvido y abandono. De poco sirve que de cuando en cuando, se renueve la idea de dotar á la primera capital de España de condiciones favorables á su viabilidad; que surjan propósitos impracticables ó no practicados; que se piense atender á la reconstrucción de albergues para la pobreza; á la desaparición de cloacas y casas viejas convertidas en muladares; de algunos depósitos que todavía se conservan, contrarios á la salud pública y á las Ordenanzas municipales; que se haya intentado ó anunciado muchas veces el replanteo de arbolado en los alrededores de Madrid, de aquel arbolado que con crecido donativo se propuso costear el Marqués de Urquijo; suma de que hizo entrega, sin que se sepa á qué se aguarda para emplearla. De poco, de nada ha servido todo esto. La Administración provincial y municipal, el Ministerio de Fomento no ha tomado este trascendental asunto con la actividad y resolución que imperiosamente exige la pavorosa, la terrible cuestión de la mortalidad de Madrid.

* *

El Ayuntamiento se prepara á sostener con sus hercúleos brazos, el Arco de Monteleón, el célebre Arco del Dos de Mayo, que tiempo hace amenaza ruina. Pero esto ¿será pronto, verdad? Si no, el día menos pensado, un montón de triturados ladrillos, sobre los que descansaría una corona de laurel marchita, sería prueba lamentable del amor que dedicamos á nuestras glorias, como lo será la peregrinación de las fugitivas cenizas del ínclito Palafox, reclamadas por el pueblo aragonés, el altivo patriota de la independencia española. El Arco de Monteleón, pobre y vulgar como es, ofrece el aspecto de inválido venerable, cuyas cicatrices invitan á descubrirse ante él. No hay hijo de Madrid que no re-

cuerde, que no piense, que no se conmueva delante del viejo Arco de Daoiz y Velarde. ¿Se salvará y restaurará? Según. Si el Ayuntamiento tarda tanto en pensarlo, como tarda — es un decir — en dotar de agua á la preciosa fuente de Neptuno, situada en sitio bien culminante, y que hace años permanece sucia y seca, entonces el Arco caerá para no levantarse más.

* *

La nota alegre, la nota alegre de mi Revista, ¿dónde está, que la busco y no la encuentro? ¿Serán los toros, semiaguados y tristes ya en estos tiempos, de puro formales? ¿Los bichos que ofrecen cornadas que todavía no han hecho efectivas? ¿Será la *Gran Vía*, mina descubierta por Chueca, que en vez de ser traducida al italiano, ella ha traducido al castellano, á los actores de Italia? ¿Serán las lunáticas luces eléctricas, que también están en preparación para cuando alguno de nuestros enchiquerados coliseos se haya incendiado por el gas que aquí se usa, tan tímido y obscurantista como destructor?

Pues nada de esto es el fin de fiesta que para estas cuartillas yo hubiera imaginado.

* *

Un chico dice á su padre, nacido en Andalucía:
— Papá, ¿eres tú guasón?
Y el padre le contesta:
— ¡Picarillo! ¿En qué lo has conosido?
— En el gorro colorado que te pusiste el otro día, para ir á la calle.
— ¡Ah! Querrás desir masón.
— Lo mismo da. Yo también quiero serlo.
— ¿Para qué?
— ¡Toma, porque me gustan mucho las mascaritas!

Fordesillas

CARTA PASTORAL DEL SEÑOR OBISPO DE MADRID

SOBRE EL HIPNOTISMO



ON la notable Carta Pastoral, recientemente publicada por el venerable Prelado de Madrid-Alcalá, coincidieron los artículos sobre el hipnotismo publicados en LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA. Nuestros lectores recordarán la opinión expuesta por el abate Elías Blanc, y la detallada explicación de los diversos fenómenos que ofrece dicho experimento. Aquella opinión es reflejo de la doctrina expuesta por nuestro ilustre Prelado, en su Pastoral.

Conocido este importante documento, diremos únicamente que por efecto del incremento que en estos tiempos ha tomado el hipnotismo y los abusos á que puede dar lugar en el orden moral y de las costumbres públicas, se ha visto obligado el celoso Obispo de Madrid á refrenar su uso, recomendándolo así al clero y fieles de su Diócesis. Revela nuestro Prelado en su Carta, vasta erudición y caudal de profundos conocimientos, no sólo en ciencias eclesiásticas, sino en otros ramos de la humana sabiduría, mereciendo con justicia el dictado de varón doctísimo.

No necesitaba nuestro Obispo recurrir á otras autoridades que su elevado criterio para dejar oír su voz sobre el hipnotismo: dando prueba de humildad que le enaltece á los ojos del grande y del pe-

queño, del sabio é ignorante, aduce en su apoyo las múltiples órdenes de las potestades eclesiástica y civil, y acuerdos de corporaciones científicas condenando el hipnotismo como contrario á la salud y á la moral, por las perturbaciones que puede producir en el individuo.

« Siendo tan funestas é inmorales las prácticas del hipnotismo — dice nuestro Prelado — hasta el punto de haber tratadistas del mismo que afirman ser inherentes á él la violación y los atentados contra el pudor, no es de extrañar que las Academias científicas y los Consejos de Sanidad las hayan considerado perjudiciales á la salud pública, y que los gobiernos de algunas naciones se hayan creído obligados á prohibirlas. Así se ve que, á consecuencia de las desgracias causadas por el hipnotizador Hausen en Viena, el Director general de policía, por decreto de 12 de Febrero de 1880, nombró una Comisión de médicos, presidida por Hoffman, profesor de Medicina legal, para que estudiase los hechos criminales que habían sido denunciados, y dicha Comisión, propuso por unanimidad de votos, que se debía prohibir el arte hipnótico por los graves males que de él se siguen, habiendo sido decretada la prohibición y obligado Hausen á salir de los dominios de aquella nación.

« El Consejo de Higiene de Milán y el Sanitario de aquella provincia, también acordaron el año 1886, que debía prohibirse el uso del hipnotismo; y el gobierno de Italia, en vista de los daños y abusos gravísimos á que daban lugar las sesiones hipnóticas en todo aquel reino, y especialmente las habidas en Turín y Milán, las prohibió efectivamente, conformándose con el dictamen del Consejo superior de Sanidad, tomado en juntas celebradas desde el 10 al 14 de Junio de 1886, y presididas por el ex-Ministro de Instrucción pública Dr. Baccelli: « Considerando, dice dicho dictamen, que los espectáculos de hipnotismo pueden causar una profunda perturbación en la impresionabilidad del público, como lo demuestran, además de las pruebas de la fisiología y de las clínicas, la opinión formal de sociedades italianas de carácter científico, que se han ocupado de un modo especial en este problema: considerando que de los hechos científicamente probados y oficialmente confirmados, resulta que la hipnotización puede ser perjudicial á los individuos sometidos á ella, y bajo este concepto semejante daño puede ser más grave en las personas jóvenes, neuropáticas, excitables ó debilitadas por excesivos trabajos mentales, personas todas que tienen derecho á mayor protección de parte de la sociedad, y asimismo, por lo que toca á la cuestión jurídica: considerando que bajo el punto de vista de la protección necesaria de la libertad individual, no se puede permitir que la conciencia humana quede abolida por prácticas generatrices de hechos psíquicomorbosos en las personas predispuestas á ellos, en tal manera que un hombre quede esclavo de la voluntad de otro, sin que el primero tenga conciencia de los peligros á que se expone; el Consejo es de parecer que estos espectáculos de hipnotismo (ó sea magnetismo, mesmerismo y fascinación) deben ser prohibidos. »

« La Facultad de Medicina de París encargada de examinar los efectos del magnetismo y los males funestos que causaba, que son los mismos que en nuestros días ha causado el hipnotismo, acordó en 11 de Agosto de 1784 que se intimara á los médicos la prohibición del primero, fundándose en que era perjudicial á la salud, á las costumbres y á los intereses particulares, y además por ser misterioso en sus procedimientos. Esa resolución reviste tanta más autoridad, cuanto que en la Comisión que dió el dictamen se hallaban las notabilidades científicas de Franklin, Lavoisier y Bailly. El emperador de Rusia en 1825, el rey de Dinamarca en 1817, y

ese mismo año los de Prusia y Suecia dieron también ordenanzas encaminadas á evitar los perjuicios del magnetismo, permitiendo solamente á los médicos ejercerle. »

A este tenor cita el Prelado matritense el Decreto de la Sagrada Congregación del Santo Oficio en 23 de Junio de 1840, y el de la Sagrada Penitenciaría en 1.º de Julio de 1841 en contestación á la consulta hecha por el Obispo de Lausana y de Ginebra, por las dudas que le inspiraron el llamado sonambulismo magnético. De igual manera, cita otras sentencias emanadas de la Santa Sede Apostólica, sobre las prácticas del magnetismo.

Apoyándose en estos ejemplos, el Sr. Obispo de Madrid reprueba el hipnotismo á la conclusión de su Carta Pastoral, en los párrafos siguientes:

« De todo lo que llevamos dicho sobre el hipnotismo podréis conocer, amados hijos nuestros, que cualquiera que pueda ser su importancia y su mayor ó menor utilidad como elemento terapéutico, no es lícito usar aquél en las condiciones peligrosísimas con que se ha manifestado, porque empleando medios físicos para producir fenómenos que no son naturales, falta la proporción racional que debe haber siempre entre la causa y los efectos de la misma, y porque recibiendo éstos su forma de la causa que los produce y siendo los fenómenos de la hipnosis los mismos que los del magnetismo, parece deducirse, sin inferir violencia alguna al criterio lógico, que la causa de la primera debe ser igual, al menos específicamente, á la causa del segundo. Y como las prácticas magnéticas están condenadas por nuestra Madre Iglesia, por las circunstancias supersticiosas y heréticas que las acompañan, con mayor razón deberán tenerse por reprobadas las prácticas hipnóticas, toda vez que la persona que hubiera estado sometida á éstas, no puede salir de las mismas, dados los males físicos y morales que según los hipnógrafos producen, sin detrimento grave de su dignidad racional, sin rebajamiento de su conciencia, sin repugnante desorden en los efectos de su corazón, sin menoscabo de su libertad y sin grandes perturbaciones en todo su sér.

« Renunciad, por lo tanto, á los usos hipnóticos que, concebidos en el racionalismo y encubados en clínicas materialistas, gozan del funesto privilegio de volver locos á los hombres cuerdos, esclavos á los libres, criminales á los honrados, corrompidos á los honestos, enfermos á los que están sanos, é impíos á los creyentes; huid de los peligros envueltos en ese nuevo elemento, que so pretexto de sanar los cuerpos, mancha la pureza de las conciencias y causa la ruina espiritual de las almas. « Evitad — os diremos con el Apóstol — la novedad profana de las palabras y los males que se encubren bajo el nombre de una falsa ciencia; porque, como dice el sabio y elocuente Vicente Lerins, esa soñada ciencia ha sido usada muchas veces para engañar, llamando á la ignorancia saber, á las tempestades tranquilidad y á las tinieblas luz. »

La prensa ha acogido este documento con la admiración que su lectura inspira; así lo demuestran las siguientes líneas, resumen del juicio expuesto por *El Imparcial*:

« La Carta pastoral es á la vez advertencia de paternal consejero, obra de filósofo y hombre de ciencia sólida, y labor literaria de conceptos claros y ropaje de admirable estilo, de modo tal pensado y hecho, que debe guardarse cuidadosamente para cura del alma en el orden religioso y deleite del espíritu que se goza con maestrías de la expresión. »

J. B. P.

MISIONES CAPUCHINAS EN GUAYANA

DESTRUÍDAS EN 1817

I

MOTIVO DE ESCRIBIR SOBRE ESTE ASUNTO

Se ha escrito mucho, y con razón, acerca de las célebres reducciones del Paraguay, verificadas por los Padres de la Compañía de Jesús, que la torpe administración de los golillas y jansenistas de Carlos III había comenzado á difamar y perseguir aun antes de la expulsión de aquéllos. Siguiendo el sistema de aquellos perseguidores, no han faltado enemigos que las hayan difamado, al paso que los escritores católicos, más veraces, las han pintado como la feliz Arcadia del catolicismo. El hecho es que á la expulsión de los Jesuitas se perdieron casi por completo los trabajos de *civilización* y *colonización* que los jesuitas habían logrado, hablando el lenguaje del interés humano, y prescindiendo del espiritual y religioso que es lo principal y prefiere, ante todo, la *evangelización* y salvación de las almas con beneficio de la *civilización*.

Mas yo ignoraba, y creo lo sepan pocos, que los capuchinos catalanes tuvieron por allí otras reducciones por el estilo de las del Paraguay, y nada menos que con 29 pueblos, con más de 21.000 indios civilizados, cuando en 1817 asesinaron inhumanamente los insurgentes de Bolívar á 34 de los 41 Capuchinos españoles, logrando á duras penas salvarse cinco. De las noticias de uno de ellos, Fray Nicolás de Vich¹, extractamos los datos históricos, geográficos y estadísticos de este artículo, y las noticias acerca de los religiosos y su martirio.

El lenguaje usado en el fúnebre elogio es á veces algún tanto duro, sobre todo en las notas ilustrativas, y ¿quién lo extrañará en quien había escapado un año antes de la general matanza y en medio de la guerra que entonces ardía. Ahora las circunstancias han cambiado, y, por el contrario, verificada la reconciliación con nuestros hermanos de allende los mares, se desea escribir con serenidad y verdad, sin despertar inútiles rencores, ni denigrar inútilmente la memoria de aquellos á quienes ya juzgó Dios. Mas eso no quita para honrar la de aquellos héroes humildes que, si derramaron la sangre por la patria, más lo hicieron por el Evangelio y la Religión, teniendo su asesinato honores de martirio, mucho más siendo francmasones los que los mandaron asesinar², enemigos de la Iglesia, y enaltecidos por los protestantes, los impíos y los enemigos de España y el Catolicismo.

En este artículo, aunque sea esencialmente religioso, por razón de las personas y sus hechos, y de gloria verdadera para España, no es precisamente este el concepto en que se escribe, sino sólo en sentido histórico, religioso y geográfico, y aun algo de político, para allegar una prueba más á favor del sistema colonizador de España, de enviar al misionero con el soldado. Otros países colonizan mucho y bien por medio del comercio. Los españoles, por desgracia, salvadas pocas honrosas excepciones, no nos damos maña para colonizar de ese modo, hoy el más general y usado.

Se ha dicho que al colonizar los ingleses, ante

¹ Elogio histórico fúnebre que en el solemne funeral que mandó celebrar el muy Rdo. P. Fr. Estevan de Barcelona, Ministro provincial de Menores Capuchinos de la provincia de Cataluña en 10 de Julio de 1818... pronunció, en la iglesia de Padres Capuchinos de Barcelona, el Rdo. P. Fr. Nicolás de Vich, Misionero Apostólico de Indias... Vich, en la imprenta de Felipe Tolosa. Un folleto de 36 páginas en 4.º, y un estado apaisado con la estadística de las misiones.

² Consta que lo era Bolívar y no lo ocultan sus biógrafos. Los historiadores católicos hispano-americanos tampoco ocultan que eran francmasones la mayor parte de los jefes que militaban á sus órdenes.

todo abren una factoría, los alemanes una fortaleza, los franceses un salón de baile y los españoles una capilla. Las naciones tienen sus hábitos, como los individuos que las componen, y no puede ser otra cosa.

Lo que hicieron unos pocos y pobres Capuchinos en Guayana, nos dará idea de lo que podrán hacer en las Carolinas y Palaos, á poco que se les atiende, á los que acaba de enviar España á esas remotas regiones, que ya pretendía usurparnos el protestantismo á España y también á la Iglesia.

II

LA GUAYANA CAPUCHINA

En el año de 1724 pasaron á orillas del Orinoco, por orden del rey, unos pocos Capuchinos catalanes procedentes de la isla de la Trinidad á Barlovento, donde tenían una colonia, que venían evangelizando desde el año 1687.

Ya para entonces había lo que se llamaba la alta Guayana, ó *antigua*, como comunmente se decía. Había en ésta la capital, ciudad pequeña pero bonita, un Obispo, Gobernador, comerciantes europeos y no pocos indios bien civilizados, que ejercían varias industrias, al paso que los españoles se dedicaban al comercio. Su colonización se debía en su mayor parte á los franciscanos observantes.

Pero en la Guayana baja estaba todo por hacer. Los Dominicos, los Jesuitas y los Agustinos descalzos habían trabajado por allí con gran celo y fatiga, pero sin lograr grandes y permanentes resultados, dada la aspereza del país, con sus selvas impenetrables y el carácter cerril é inhumano de sus salvajes, muchos de ellos antropófagos. El P. Gamilla, Jesuita, que estuvo por allí mucho tiempo, decía describiendo al salvaje de aquella tierra: «Es un monstruo nunca visto: tiene cabeza de ignorancia, corazón de ingratitud, pecho de inconstancia, espaldas de pereza y pies de miedo. Su vientre para beber y su inclinación á embriagarse son dos abismos.»

Esta descripción dista mucho de la del *hombre de la naturaleza* de Rousseau, y del *hombre primitivo* de los biólogos modernos. Los filósofos á veces descarrilan más que los poetas, cuando se meten á pintar lo que no han visto y amoldar los hechos á teorías insulsas.

Los españoles tenían á orillas del gran río algunos pocos soldados de guarnición, en pequeñas fortalezas, más como señal de dominio que de verdadera posesión, no habiendo logrado colonizar aquella tierra. También los Capuchinos habían hecho algunas tentativas y derramado alguna sangre, al pronto estéril. Tal era el estado del territorio dado á los Capuchinos para evangelizar y colonizar. Allí el Rey bien podía ser pródigo y derrochador. El territorio de la baja Guayana, que se cedía á los misioneros Capuchinos catalanes, era poco menos que el principado de Cataluña. Confinaba por Oriente con el mar; por el Norte con el gran Orinoco; por el Poniente con el caudaloso río Caroní, y por el Sur con tierras de portugueses y holandeses.

El clima es muy cálido, y como el verano más riguroso de España. En los seis meses en que no llueve las noches son apacibles, sobre todo cuando soplan brisas del Norte; pero llueve diariamente en los otros seis, á que llaman invierno. Por lo demás, el país es fértil, y llamó la atención del gran Almirante Colón al descubrirlo, y sus navegantes, al descubrir las inexploradas playas, las llamaron *paraíso terrenal*.

III

COLONIZACIÓN CAPUCHINA EN LA GUAYANA

Al llegar los Capuchinos catalanes á su destino en la baja Guayana, con los recursos, no sobrados, traídos de la Trinidad, comenzaron á roturar terrenos y

atraerse lentamente algunos indios, abriéndose camino por entre sus selvas. La descripción de estos trabajos, penalidades y asperísima penitencia, sin más amparo que la Providencia y la confianza en Dios, es la de todas las misiones católicas; en que la paciencia y la caridad, virtudes baratas pero difíciles, suplen por el oro con que los protestantes avanzan en sus conquistas. Aquí sólo vamos á juzgar de lo que era aquel territorio al cabo de los noventa años de misión, pasando de un salto del principio al fin, es decir, de la llegada de los Capuchinos en 1727 á su degüello en 1817.

Según el cuadro estadístico que el Prefecto de la Misión, Fr. Fulgencio de Barcelona, pasó á nuestro Gobierno, en 13 de Octubre de 1816, cuando ya casi estaban sus religiosos bajo la sombra del machete asesino, constaba la Misión de 27 pueblos de indios, todos uniformes, sanos y aseados, con esa limpieza proverbial de los Capuchinos, que, en medio de su gran pobreza, saben con penitente afán evitar la suciedad, aunque los impíos que no los tratan no lo comprendan y aun los calumnien. Los principales pueblos eran los de Upata y Barceloneta, poblados de españoles y á la europea.

Aunque los 41 Capuchinos que regían la colonia estaban repartidos por los 27 pueblos ya formados y civilizados con 21.246 indios, componían una sola comunidad: vivían dispersos, pero á són de campana, como si morasen juntos, seguían las horas, oficios, rezos como si estuvieran en el convento, y se reunían periódicamente para elegir el Prefecto y los demás cargos, y renovar el fervor de su espíritu en algunos días de retiro y ejercicios espirituales.

La primera y principal residencia y centro de la Misión era la de la Purísima Concepción de Caroní, próxima al sitio donde este caudaloso río vierte sus aguas al Orinoco. Allí residían el Prefecto Fr. Fulgencio de Barcelona, el Procurador general de la Misión Fr. Serafín de Arens, Fr. Nicolás de Vich, á quien debemos estas noticias, y un lego enfermero. Esta Misión databa del año 1724, tres años antes de la Real Cédula de concesión expedida por el Rey, y de ella habían ido saliendo las reducciones sucesivas. La inmediata en antigüedad era la de Santa María de Yacuvario, en 1730.

El curioso cuadro iba presentando los pueblos restantes por orden de antigüedad, su misionero ó misioneros, naturaleza y procedencia de los indios convertidos, con el número de bautismos, matrimonios y defunciones. El número de éstas en los noventa años de la conquista espiritual ascendía á 28.293 almas ganadas para Dios, y en lo temporal reducidas para España.

Véanse algunas de estas reducciones que, si son pesadas para el lector, son curiosas para el geógrafo, el estadista y aun para el cronista, cuando á éste le llega su turno.

La Concepción de Caroní tenía á fines de 1816, según el estado, 946 indios guayanos ó paragotos.

La de Santa María de Yacuvario, á cargo de Fr. Joaquín de Barcelona, 661 guayanos y panacayos.

La de San José de Capapuy, del año 1733, á cargo de Fr. Felipe Verdú y un enfermero, tenía 1.168 guayanos.

San Francisco de Altagracia, de 1734, á Fr. Fausto de Barcelona, con 754 guayanos.

San Miguel de Palmar, 1734, á Fr. Luis Cardedeu con un lego, y 1.015 guayanos y caribes.

Divina Pastora del Yurnario, 1737, Fr. Valentín de Tortosa y un lego, con 833 guayanos.

Nuestra Señora de Monserrate del Miamo, 1748, Fr. Diego de Palautordera, con 1.041 caribes.

1 Entre los pobres virtuosos y sufridos que socorren los socios de San Vicente de Paúl, es usual el siguiente dicho ó apotegma de los pobres aseados:

«La pobreza Dios la amó, pero la porquería no.»

San Fidel del Carapo, 1752, Fr. Antonio de Martorell, con un compañero, un lego, y 1.000 caribes.

Santa Eulalia de Murucuri, 1754, Fr. Esteban de Sabadell, 730 caribes y guarannos.

San José de Leonisa de Ayma, 1755, Fr. Matías de Tivisa, 710 guaycas.

Nuestra Señora del Rosario de Guasiputi, 1757, Fr. Francisco de Orgaña, con un lego, 984 caribes.

Santa Ana de Puga, 1760, Fr. Sebastián de Igualada, 578 arnacus, caribes y guarannos.

Santa Cruz del Calvario, 1761, Fr. Manuel de Vich, 517 guarannos y salibas.

San Ramón de Carnachi, 1763, Fr. Mariano de Perafita, 634 caribes.

San Antonio de Huisatono, 1765, Fr. Miguel de Olot, con Fr. Leandro de Barcelona, 955 guayanos.

San Pablo (Conversión de) del Cumamo, 1767, Fr. José de Valls, 364 caribes.

Nuestra Señora de los Dolores de Piedad, 1769: Fr. Pedro Mártir de las Presas, 412 guayanos y guaycas.

San Félix de Tupuquen, 1770, Fr. Leopoldo de Barcelona, 736 caribes.

San Pedro de las Bocas, 1770, Fr. Celso de Réus, y un lego, 628 caribes.

San Buenaventura de Guri, 1771, Fr. Jerónimo de Badalona, 758 guaycas y caribes.

San Miguel de Unata, 1779, Fr. Pablo de Llesny, 751 arnacus y guayanos.

Santa Clara de Yavaragana, 1779, Fr. Domingo de San Hipólito, 362 guaycas.

San Serafín de Arabatayma, 1779, Fr. Buenaventura de Igualada, 347 guaycas.

Santa Rosa de Lima de Cura, 1782, Fr. Honorio de Barcelona, 551 guaycas.

Santa Magdalena de Currucay, 1783, Fr. Ramón Villanueva, 355 arnagotos.

San Juan Bautista de Avelchica, 1783, Fr. Joaquín de San Vicente, 732 guaycas y arnagotos.

Nuestra Señora de Belén de Tumeremo, 1788, Fr. Ildefonso de Mataró, 632 guayanos.

Por estos datos curiosos se ven los progresos de la Misión año por año, siendo de extrañar que cese en 1788, cuando ya había allí desde 1762 pueblos de españoles, aunque éstos, en su mayor parte aventureros y traficantes, más perjudicaban por lo común á las misiones que las favorecían.

Había además los dos pueblos ya citados, que se habían colonizado con españoles, á saber: la villa de San Antonio de Opata, iniciada en 1762, la cual contaba con 1.598 españoles, y la de San Isidro de la Barceloneta con 494 desde 1770. Aquella estaba á cargo de Fr. José Antonio de Barcelona, y ésta de Fr. Angel de Barcelona.

Todos los años salían los Capuchinos á misiones por los bosques, y á veces en otras ocasiones, volviendo casi siempre con algunos salvajes á quienes lograban atraer, agregándolos, según sus castas, á los pueblos ya formados y civilizados.

IV

VIDA DE LOS INDIOS EN ESTAS MISIONES

«El plan de vida que estaba establecido en cada una de aquellas misiones, dice Fr. Nicolás, era el más justo y edificativo. Por la mañana se levantaba el misionero á las cuatro, se iba á la iglesia, y con los muchachos que vivían en la casa para su servicio y el del altar rezaba la Letanía de la Virgen, luego leía su meditación, á la que seguía media hora de oración. Después de ésta celebraba el Santo Sacrificio de la Misa, al que acudían muchos indios, no siendo día de precepto, y todos siéndolo. Concluida la Misa y gracias, se hacía la señal con la campana para el *rezado*, al que acudían todos los indios é indios del pueblo, los cuales, colocados por orden en

la iglesia, separados los hombres de las mujeres, cantaban con mucha uniformidad las oraciones más esenciales del catecismo. Luego se destinaban los casados á sus obligaciones, y quedaba el P. Misionero con los muchachos, instruyéndolos en el catecismo, leer y escribir...»

¡Párroco, maestro de escuela y alcalde, todo en una pieza, y sin sueldo!

A las dos de la tarde se tocaba otra vez la campana y acudían los indios como en la mañana. Por fin concluían el día los PP. Misioneros con ejercicios espirituales, semejantes á los de la mañana, cantando los muchachos el Santo Dios, como se dijo, después de las Letanías.

«No es posible, añade, formar una cabal idea del desvelo y trabajo extraordinario, que costaba á aquellos misioneros la reducción é ilustración de los indios, en que se empleaban incesantemente, sin que se atiende primero al singularísimo y rústico carácter de los indios de aquella región.»

Si esto era á principios de este siglo, cuando ya todo el territorio estaba colonizado, atrayendo ya los caribes á vivir con los guayanos cristianizados y españolizados, obrando sobre ellos el poderoso estímulo de la *ejemplaridad*, tan fuerte en el instinto del salvaje, cuya razón embrutecida apenas funciona, ¡qué sería de los primeros que allí doctrinaron desde el año 1727 á 1757 en que se edificaba el pueblo del Rosario de Guasipati, donde había el año de 1816 novecientos ochenta y cuatro caribes de procedencia!

¿Se comerían antes algún Capuchino?

No lo dice la relación, pero nada tendría de extraño.

Mas en 1816 ya los indios no eran sólo artesanos, sino artistas, y sabido es cuánto influye la música para suavizar y dulcificar los caracteres salvajes, cuando la fábula mitológica supuso que Orfeo amansaba las fieras con su lira.

«En cada misión ó pueblo, que se toman allí por sinónimos, añade Fr. Nicolás, había un cierto número de indios instruidos en la música y en el canto. Estos asistían y solemnizaban las varias funciones de iglesia más ó menos á proporción de las festividades.»

La maledicencia codiciosa se cebó en los Capuchinos como se había cebado allí cerca en las misiones de los Jesuitas del Paraguay. De éstos se dijo que habían hecho á los indios proclamar por Rey á un coadjutor de los Jesuitas, llamándole Su Majestad Nicolao I. La majadería era enorme, y se necesitaba ser muy estúpido para acogerla; pero el escepticismo impío las suele tragar mayores.

Decíase que los Capuchinos, á fuer de buenos catalanes, hacían negocios, y tenían mucho dinero. Y con todo muchas veces apenas tenían que comer. El pan de trigo apenas lo probaban, como tampoco el vino, por ser muy caro, y guardarlo para la Misa. El pan que comían era de maíz, que lo daba el país, y á veces tenían que comer solamente raíces, legumbres y cazabe.

Tenían sí algunas iglesias, á principios de este siglo, lindas y bien adornadas, y para este fin no economizaban, hasta el punto de admirar á los extranjeros que las veían, y que atribuían á exuberancia de riqueza los prodigios de celo y de la caridad.

V

LA INSURRECCIÓN

En este punto hay que ser parcos, y no copiar todo lo que dice el sermón de Fray Nicolás, aunque todo ello sea cierto, y muy verídico, á nuestro juicio.

Se trató de sublevar á los indios contra sus padres misioneros, pero fué en vano, pues permanecieron firmes y leales cuasi todos. Años llevaba ya

la insurrección en Costa-firme, y muchas reducciones de los Franciscanos¹ habían sido arrasadas y aniquiladas: perdidas estaban las del Paraguay de años antes por la dispersión de los indios á poco de la expulsión de los Jesuitas, cuando la baja Guayana permanecía leal á los misioneros.

Los españoles que allí había en Upata y la Barceloneta hubieron de empuñar las armas para salvar sus vidas y familias, y repeler á los insurgentes en las frecuentes algaradas que hacían, en que el saqueo, el incendio y el degüello de indefensos españoles eran seguros. No siendo tropas regulares las de los insurgentes, sino bandas indisciplinadas, mezcladas con extranjeros foragidos y algunos indios semisalvajes, no se guardaban las leyes de la guerra. Los misioneros Capuchinos consideraban esta guerra como de religión, pues contra ella iba tanto como contra España, y era segura, como se vió por los resultados, la pérdida de aquellas numerosas almas, con tanto trabajo ganadas para Dios y civilizadas á duras penas.

Los misioneros, siguiendo el noble ejemplo de sus hermanos durante la invasión de los ingleses en Filipinas, no solamente contribuyeron al armamento de los españoles, hicieron á los indios vigilar y guardar las riberas del Caroní, sino que hacían á éstos oponerse á las invasiones de las bandas devastadoras, huyendo á las selvas con sus indios y ganados si no podían oponer resistencia, hallando á la vuelta sus casas saqueadas ó incendiadas, y talados sus campos y sus mieses.

Los insurgentes exasperados contra los Capuchinos, tanto ó más por Capuchinos que por españoles, juraron no parar hasta exterminarlos, diciendo *que habían de hacer cabestros para sus caballos con las barbas de los Capuchinos catalanes*.

Vamos á ver cómo lo cumplieron, por desgracia.

VI

LA CATÁSTROFE.

Tal era la situación triste de la baja Guayana á principios de 1817.

Los pocos españoles de armas tomar se cansaban de sostenerlas: los recursos iban escaseando; de España no había apenas esperanzas de obtenerlos. Por otra parte, los *chucutos*, nombre que se daba á los partidarios de la insurrección, tenían ya algunas inteligencias con los indios descontentos, cuya civilización no estaba todavía perfeccionada.

Por sorpresa, ó por infidelidad, los insurgentes pasaron el Caroní, arrollando las escasas fuerzas españolas; entraron á sangre y fuego por los pueblos y mataron catorce de los misioneros, doce de ellos sacerdotes y dos legos ó enfermeros. Entre los primeros murieron el Prefecto Fr. Fulgencio de Barcelona y los dos adjuntos, ó conjúdicés, Fray Francisco de Orgaña y Fr. Miguel de Olot. Los restantes fueron cayendo prisioneros, y, menos afortunados que los catorce primeramente asesinados, sufrieron un prolongado martirio de cinco meses antes de consumarlo. Siete solamente lograron escapar; de dos de ellos no se supo el paradero².

Los nombres de aquellos diez y ocho sacerdotes eran Fr. Mariano de Perafita, Fr. José Antonio de Barcelona, Fr. Diego de Palautordera, Fr. Matías de Tibisa, Fr. Jerónimo de Badalona, Fr. Luis de

¹ Cita Fr. Nicolás de Vich el horroroso degüello hecho por el insurgente Moragas, en el pueblo de Tapaquire, misión de los Padres Franciscanos. Metió en una casa á todos los indios y los hizo acuchillar y alancear en ella; después pegó fuego á otra casa donde había mandado meter á todas las indias y algunas españolas, y todo ello por un supuesto agravio, que decía le habían hecho.

² El P. Nicolás de Vich nada dice del modo con que logró salvar su vida y llegar á España. Otro de los cinco que se salvaron fué el P. Fr. Hilarión de Mataró, que decía la Misa en que predicó el P. Nicolás. Su fuga debió ser con grandes riesgos y aventuras, según se desprende de alguna frase. Expresa que fué testigo de la invasión.

Cardedeu, Fr. José de Valls, Fr. Celso de Réus, Fr. Ramón de Villanueva, Fr. Ildefonso de Mataró, Fr. Fidel del Hospitalet, Fr. Joaquín de San Vicente de Llavaneras, Fr. Esteban de Sabadell, Fray Buenaventura de Igualada, Fr. Angel de Barcelona, Fr. Valentín de Tortosa, Fr. Honorio de Barcelona, y dos legos.

Cinco meses estuvieron presos los veinte Capuchinos en el pueblo de Carnachi, hasta entrado el mes de Junio, en que los insurgentes se decidieron á matarlos á sangre fría de orden del implacable Piar, subalterno de Bolívar. Aquél era el que había dirigido la expedición y llevado á cabo la sorpresa. De la iglesia de San Ramón, donde estaban los prisioneros, sacaron á los veinte religiosos, y los llevaron á golpes y casi arrastrando á orillas del Caroní. Allí los desnudaron, matándolos en seguida á lanzadas y golpes de machete, complaciéndose en prolongar su agonía.

Los indios que presenciaron el horrendo y cobarde asesinato, con honores de *martirio*, estaban consternados. Muchos ya para entonces habían abandonado las misiones, otros luego huyeron á los bosques, volviendo á la antigua vida salvaje, suya ó de sus padres. Las tropelías continuas de que eran víctimas; los insultos continuos á sus mujeres é hijas por la brutal lascivia y habitual borrachera de los chutucos¹ les obligaban á dejar las misiones, donde tan felices habían sido.

En una de las notas de su sermón decía el Padre Vich: «Gran parte de los indios... prefirieron el abandono de sus casas y pueblos á la obediencia y sujeción á las leyes tiránicas de los rebeldes. Otros que, engañados de las falsas promesas y halagos, les habían servido al principio de la invasión, iban ya cansándose de su pesado yugo, y se les huían todos los días, de modo que poquísimos eran ya los indios que servían á los insurgentes. Algunos habían llegado á perecer de hambre en los montes, por no vivir con tales gentes, sintiendo en extremo dichos indios la ausencia de los Padres misioneros. Así lo refirieron al orador unos indios fugados de entre los rebeldes. Éstos, por lo común, son criollos²».

El asesino Piar murió poco después fusilado por orden de Bolívar, *envidioso de él*, dice el P. Vich, y á pesar de lo mucho que había hecho á favor de la insurrección y grandes servicios que le había prestado.

Así paga siempre el diablo á quien le sirve.

VICENTE DE LA FUENTE.

LA LIMOSNA EN LA CALLE



El pauperismo viene de las sociedades antiguas; es tan viejo como el mundo: los paganos creían degradarse con el trabajo, y preferían la indigencia. La república romana consumía sus tesoros manteniendo indigentes: en tiempo de César pasaban de trescientos mil. El pauperismo subió á tal punto durante el imperio, que acabó con él.

El cristianismo aminoró la pobreza, pero habiendo cesado los socorros públicos, tomó cuerpo la mendicidad, y el pobre que tenía lo estrictamente necesario para subsistir, y el indigente que carecía de lo necesario, aunque tuviera algo, se convirtieron en mendigos de los caminos, de las calles y de las puertas de las casas.

¹ En materia de lascivia, decía Fr. Nicolás, no hay bestia á que compararlos.

² Puede inferirse de esta conversación del P. Vich con los indios, que los cinco misioneros que lograron salvarse, cruzaron montes y selvas hasta pasar el Brasil.



CASTILLO FEUDAL, CUADRO DE MUÑOZ DEGRAIN, DIBUJO DE SUBIETAS.

Difícil es señalar la órbita en que se encierra la necesidad de cada individuo, para distinguir lo necesario de lo superfluo. En tanto que las costumbres exigen más expansión y comodidad; á medida que la industria y el lujo ensanchan, es preciso ser más rico para tener lo necesario. La indigencia, es sabido, se halla siempre en relación directa con la riqueza. Hay que reconocer, según los pensadores, que es fruto de la civilización, y que sus progresos coinciden con los de la pobreza.

Esta es la plaga más ominosa con que paga sus deleites y excesos la sociedad. Trae consigo el abatimiento, la ociosidad, el vicio, el crimen tal vez; la degradación moral. El pauperismo abrevia la vida de una parte integrante de la humanidad, gasta las fuerzas del pueblo y debilita el Estado. Pero por mucho que este fenómeno social haya preocupado al legislador, por mucho que la Administración estudie el medio de suavizar las exigencias de este mal inmenso, la pobreza no se extingue ni puede extinguirse. La necesidad vagabunda, sí.

La caridad española hace prodigios: obra grandes é ignoradas virtudes; trabaja sin descanso en la magna empresa de cicatrizar la llaga; difunde con ardor el grano de mostaza de la parábola evangélica. Hay dádivas de infinitos pobres que parecen ricos; de tal modo se desprenden de lo estricto que poseen para auxiliar al que tiene poco menos que ellos. De esta caridad abierta, valerosa y constante que descubre dónde está el verdadero apuro y le remedia, hay que diferenciar la caridad mal entendida, el socorro ineficaz, la peligrosa limosna. Esta es la que se distribuye en la vía pública.

La limosna en la calle es el peor medio de ejercitar la caridad. Comunmente no se sabe á quien se da, aunque nadie ignore que el que la recibe ha hecho, más que necesidad, oficio de la postulancia. El mendigo que saca su jornal de la inercia y la holganza aborrece el trabajo. Acumulando céntimos, despierta la miserable codicia del que jamás pensó en este recurso fácil de la vida. Un pobre favorecido hace otro pobre que le disputa el triste negocio de la limosna. Allí donde un mendicante pide y recibe, se presentan diez.

España tiene el vergonzoso privilegio de ser la que mantiene más pobres con la rutinaria dádiva del transeunte y, para mengua de nuestros progresos, no hay capital que pueda compararse con la Corte. Madrid alberga tantos pobres como piedras hay en sus calles. Cada paso es una queja, "cada mirada una figura sombría repugnante que oprime el corazón. No se puede andar, no se puede saludar á un amigo; no es posible pararse, ni entrar en un templo, sin sentir la suprema agonía de oír lamentos que no se pueden remediar.

Llevado yo, como tantos otros, del deseo de enjugar una lágrima, me confieso reincidente en la costumbre de repartir céntimos en la calle. Un amigo mío, respetable persona, conocida por sus sentimientos en favor de los desvalidos y que ejerce la caridad razonada, reglamentada, me dijo un día, al verme dar limosna á la puerta de la iglesia de mi barrio: «¿Qué hace usted? No caiga en el error de la piedad, ni se satisfaga con ese acto, que no aprovecha y que puede ser injusto. Busque usted los pobres en su vivienda, observe su situación, conózcalos de cerca, y socórrales allí; en la calle, nunca.»

Tenía razón. La experiencia me lo ha hecho comprender. El Estado, el Gobierno, la autoridad, que en todas épocas estudió inútilmente el medio de acabar con los pobres de la vía pública, no lograrán jamás lo que pueden realizar las almas caritativas. No dar limosna en la calle. Hacer un fondillo de los *perros* destinados á este fin y llevarlos á una asociación benéfica, ó por su misma mano, al rincón donde la verdadera pobreza se esconde: á la

guardilla, al sótano, á la Tienda-asilo. El día que los pobres no esperen en vano ser socorridos en su casa, por la caridad bien organizada; aquél en que vean atendidas sus perentorias necesidades y se les suministre cuando menos lo estricto para su manutención, no saldrán ni sacarán sus miserias á relucir, y si salen, la autoridad tendrá razón y motivo para imponerles castigo.

La Administración, ¿qué hace? ¿qué ha hecho

siempre para evitar el lastimoso cuadro de la desgracia que se exhibe en los lugares más públicos? Disolver los grupos de mendigos ambulantes; dar una batida por los agentes; intimidar á los pobres, prenderlos y ponerlos en libertad á las dos horas. Atacar el mal en su forma exterior, no combatirle en su raíz.

La caridad oficial, la privada, los establecimientos benéficos, los Asilos, las Juntas parroquiales, el



ZANZE, CUADRO DE G. FAVRETTO.

Refugio, la Sociedad de San Vicente de Paúl, se dirá, no son bastantes á cubrir las miserias de tantos desdichados. Ciertamente. Los pobres vergonzantes ó descarados, forman ya una masa superior á la de los que les mantienen. ¿Qué hay que hacer entonces? Crear nuevos recursos para socorrer á los que deban ser socorridos. Mejor dicho, utilizar con método los recursos que se malgastan. ¿Y quiénes son los verdaderos necesitados? La Administración, la autoridad, la alcaldía, están obligadas á saberlo. Fórmese un empadronamiento en cada barrio de indigentes é inútiles para el trabajo; averigüese el modo de vivir de cada cual, y de esta investigación constante que reclama un servicio especialísimo, resultará quiénes son los verdaderos mendigos y cuáles los que explotan la superchería de la pobreza: quiénes son los delincuentes que alquilan niños, fingen lacras y estudian los resortes de sorprender los sentimientos generosos de la humanidad.

Y aquí viene de molde un caso que he oído referir. Una señora acogió en su casa á una joven mendicante, con la que tropezó en la acera. La hizo su doncella, dióla no escaso salario, la educó para las faenas domésticas, la enseñó á rezar, que no sabía, y atrajo con todo género de dádivas la voluntad y sumisión de la muchacha. Y sucedió que cuando ama y sirviente estaban más satisfechas una de otra, se presenta reclamando á la joven su madre.

— ¿Cómo? ¿Tenías madre, y me lo ocultaste — dice el ama. ¿No estás contenta á mi lado?

— Sí, señora.

— La que no está contenta, replica la madre feroz, soy yo, pues con hallarse mi hija en casa de usted satisfecha y sin que nada le falte, ella lo gana todo, pero yo pierdo los catorce ó diez y seis reales diarios que me sacaba pidiendo en la calle.

Y al observar el traje y aspecto de la especuladora, añade la señora:

— Pues qué, ¿usted es pobre?

— Lo sería si mi hija no tuviera el oficio que usted la ha hecho perder.

¡Cuántas pobres habrá así! Pero, ya se ve, nadie lo sabe ni se cuida de averiguar cuáles son los que padecen ó los que se adiestran en la simulada mendicidad.

El vulgo, la prensa, que no es vulgo, pero que trata superficialmente ciertas materias tan hondas como ésta, reclaman á coro que los mendigos desaparezcan de nuestra vista, y nadie pide ni hace más que procurar quitarles de enmedio. La Administración los persigue, acosa y castiga; pero no los salva del vicio, de la degradación y del hambre. La ciencia de la caridad no les hace cultos, con esa cultura que tanto interés presta á la desgracia.

¿Es así como se evita la limosna de la calle? No. Y esa población flotante de pedigüenos misteriosos, tullidos, ciegos y criaturas enfermizas ó deformes, de niños abandonados, que nos salen al paso á cada instante, y nos acosan, crece, crece y crecerá más. ¡Y quién sabe si llegará día en que el pauperismo de la familia española acabe con la nación, como el pauperismo pagano acabó con el romano imperio!

FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA.

MORIR PARA REINAR

Á MIS QUERIDOS SOBRINOS

DOÑA REMEDIOS LÓPEZ Y ALARCON Y DON HERMENEGILDO LUMERAS

CON MOTIVO DE LA MUERTE DE SU HIJO LUIS

EN LA EDAD INFANTIL

I

Profundo es el misterio que el *ser humano* encierra:
Va, en las alas del tiempo, del infinito en pos,

Con un cuerpo formado del polvo de la tierra ¹,
Con un alma en que brilla la imagen de su Dios ².

Por *angel*, poco menos, David al hombre aclama ³,
Cuándo absorto contempla su espíritu inmortal;
Y, lleno de *miserias*, el santo Job le llama ⁴,
Pasando entre dolores su vida terrenal.

El hombre es, de *dos seres*, consorcio misterioso,
Que, en fuerte lazo unidos, combaten entre sí ⁵:

El uno hasta los cielos se eleva poderoso,
Mientras el otro vive peregrinando aquí ⁶.

Y ¿qué mucho, si á veces, en el combate rudo,
Las sombras nos ocultan la verdadera luz,
Y, atormentado el hombre por un dolor agudo,
Bajo el peso se rinde de la penosa cruz...?

Por eso, al ver que el Hijo voló de vuestros brazos,
Llorásteis, de amargura sumidos en un mar;
Y vuestros corazones, deshechos en pedazos,
Quisieran á la muerte su presa arrebatár.

Turbados, afligidos, con delirante anhelo,
Darle vida quisisteis, ó en su lecho morir;
Y tan sólo fijando los ojos en el cielo,
Pudieron vuestras almas el golpe resistir.

Mas ¿es que el Hijo muerto que lloran vuestros ojos
Jamás á vuestros brazos alegre volverá,
Ni el paternal cariño sus puros labios rojos,
Con júbilo inefable, de besos colmará...?

¡Oh, no! porque la muerte no tiene poder tanto;
Su cetro, de la tumba se rompe en el dintel,
Y, dando fin la vida de penas y de llanto,
La eterna dicha empieza, tras el dolor cruel ⁷.

Alzad la vista al cielo, vosotros que, creyentes,
Sabéis que la *inocencia* su trono tiene allí ⁸,
Que reina en un palacio de estrellas refulgentes
En cambio del albergue donde moraba aquí.

II

Si el buen Jesús oyese vuestra mortal querella,
Como del triste Jairo las súplicas oyó

Sacando del sepulcro la cándida doncella,
Que el corazón del padre muriendo traspasó;

Sin duda vuestro Hijo, con amoroso acento,
Dulce como los ecos del coro celestial,

“¡Oh, padres! — os diría — vuestros dolores siento,
Y viene á consolarnos mi afecto filial.”

“Al veros afligidos, volver á vuestros brazos
Para vivir cual antes, me concediera Dios,
Y uniéndome á vosotros, con amorosos lazos,
Será toda mi dicha vivir para los dos.”

“Pero al volver al mundo, me ordena el Sér Supremo
Que os disipe la sombra que oculta el bien y el mal,
Para que, viendo claros el uno y otro extremo,
Mi suerte la decida vuestro amor paternal.”

“Amaros hoy, cual antes, en Dios, es mi ventura,
Ya veis con qué presteza, cuando llorar os ví,
Dejé las regias galas, que visto allá en la altura,
Y alegre á vuestros brazos volando descendí.”

“Mas ya que estoy en ellos calmando vuestro duelo,
La historia de mi tránsito benignos escuchad,
Pues quiero, porque os amo, rasgar el denso velo,
Que oculta á los humanos la luz de la verdad.”

“Con mi último suspiro cerráronse mis ojos,
Que vieran vuestras lágrimas mi rostro humedecer;
Y dejando este valle de espinas y de abrojos,
Sentime revestido con formas de otro sér.”

“De luz, más que el sol pura, torrentes me inundaron,
Dulcísima armonía mi oído regaló,
Aromas y perfumes el aire embalsamaron,
Y, volando entre nubes, mi espíritu se alzó.”

“De niños inocentes gentil y alegre coro,
Llamándome su hermano mil ósculos me dan,
Y, al recibirme, entonan un cántico sonoro,
Y todos me acarician con amoroso afán.”

“Cruzando las esferas del azul firmamento,
Llegamos á las puertas de la eternal Sión,
Donde en trono de estrellas Jehová tiene su asiento,
Rigiendo sus miradas la inmensa Creación.”

“De niños inocentes gentil y alegre coro,
Llamándome su hermano mil ósculos me dan,
Y, al recibirme, entonan un cántico sonoro,
Y todos me acarician con amoroso afán.”

“Cruzando las esferas del azul firmamento,
Llegamos á las puertas de la eternal Sión,
Donde en trono de estrellas Jehová tiene su asiento,
Rigiendo sus miradas la inmensa Creación.”

“De niños inocentes gentil y alegre coro,
Llamándome su hermano mil ósculos me dan,
Y, al recibirme, entonan un cántico sonoro,
Y todos me acarician con amoroso afán.”

“Cruzando las esferas del azul firmamento,
Llegamos á las puertas de la eternal Sión,
Donde en trono de estrellas Jehová tiene su asiento,
Rigiendo sus miradas la inmensa Creación.”

“De niños inocentes gentil y alegre coro,
Llamándome su hermano mil ósculos me dan,
Y, al recibirme, entonan un cántico sonoro,
Y todos me acarician con amoroso afán.”

“Cruzando las esferas del azul firmamento,
Llegamos á las puertas de la eternal Sión,
Donde en trono de estrellas Jehová tiene su asiento,
Rigiendo sus miradas la inmensa Creación.”

“De niños inocentes gentil y alegre coro,
Llamándome su hermano mil ósculos me dan,
Y, al recibirme, entonan un cántico sonoro,
Y todos me acarician con amoroso afán.”

“Cruzando las esferas del azul firmamento,
Llegamos á las puertas de la eternal Sión,
Donde en trono de estrellas Jehová tiene su asiento,
Rigiendo sus miradas la inmensa Creación.”

“De niños inocentes gentil y alegre coro,
Llamándome su hermano mil ósculos me dan,
Y, al recibirme, entonan un cántico sonoro,
Y todos me acarician con amoroso afán.”

“Cruzando las esferas del azul firmamento,
Llegamos á las puertas de la eternal Sión,
Donde en trono de estrellas Jehová tiene su asiento,
Rigiendo sus miradas la inmensa Creación.”

“De niños inocentes gentil y alegre coro,
Llamándome su hermano mil ósculos me dan,
Y, al recibirme, entonan un cántico sonoro,
Y todos me acarician con amoroso afán.”

“Cruzando las esferas del azul firmamento,
Llegamos á las puertas de la eternal Sión,
Donde en trono de estrellas Jehová tiene su asiento,
Rigiendo sus miradas la inmensa Creación.”

“De niños inocentes gentil y alegre coro,
Llamándome su hermano mil ósculos me dan,
Y, al recibirme, entonan un cántico sonoro,
Y todos me acarician con amoroso afán.”

“Absorto de grandezas, de glorias sorprendido,
Diré, como el Apóstol, de la Patria inmortal,
Que *ni los ojos vieron, ni oyó nunca el oído* ⁹,
Lo que guarda á sus hijos el Padre celestial.”

“Allí reinan hermanas la *pas* y la *justicia* ¹⁰;
Las almas embriaga purísimo placer,
El amor es su encanto, su gloria y su delicia,
Y viven siempre amadas del Infinito Sér.”

“Allí no hay *esperanza*, pues todo está cumplido,
No hay *fe*, porque el misterio se ve con claridad;
Allí, libre es el ánimo que aquí vive oprimido,
Y es la luz de los cielos la ardiente *caridad*.”

“Allí he visto, en su trono de gloria refulgente,
La Madre vuestra y mía, que nos la dió Jesús:
Vosotros me enseñásteis á amarla tiernamente,
Y ella, al morir, mis ojos abrió á la eterna luz.”

“Con plácida sonrisa miróme la Señora,
Yo, en éxtasis absorto, quedéme al ver su faz,
Más pura que los rayos de matinal aurora,
Más dulce que la imagen celeste de la *pas*.”

“Sabes que soy tu Madre,” me dijo sonriente,
Que te adopté ante el ara de la sangrienta Cruz,
Y, porque aquí vivieras feliz eternamente,
Te traje de las sombras al reino de la luz.”

“Pero, si tristes lloran sintiendo tu partida,
Tus amorosos padres, que se han quedado allí,
Yo, que también soy Madre, que he llorado afligida,
Comprendo los dolores que sufrirán sin tí.”

“Vé, llévales consuelos; mas díles que la muerte
Te transformó en un angel del Trono del Señor.
Díles que, para amarte, no es necesario verte,
Pues no hay tiempo ni espacio que no salve el amor.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

“Díles que el amor suyo, que era tu dulce encanto,
Con otro amor sublime y eterno pagarás;
Que el amor de los cielos es fuego puro y santo,
Que ni mudanzas sufre ni se entibía jamás.”

1 Gén., C. II, v. 7.

2 Gén., C. I, v. 27.

3 Sal. VIII, v. 6.

4 Lib. Job., C. XIV, v. 1.

5 S. Pab. á los Rom., C. VII, vers. 23 y 25.

6 Sal. CXIX, v. 5.

7 Lib. de la Sab., C. III, vers. 1, 2, 3, 4.

8 Marc., C. X, v. 14.

Madrid 12 de Abril de 1888.

9 Isaías, C. LXIV, v. 4. — S. Pab., I Cor., C. II, v. 9.

10 Sal. LXXXIV, v. 11.

11 S. Juan, C. IV, vers. 23 y 24.

EL ORGANISTA DE HÉRÉFORD

I



ARLOS I de Inglaterra salió de Londres con propósito de batir las fuerzas del Parlamento, mandadas por Cromwell, y después de una serie de reñidos y sangrientos combates, en los que la fortuna le fué adversa, cayó prisionero de sus implacables enemigos.

Entre las ciudades que habían permanecido fieles á la causa del rey estaba Héréford, una de las más adictas á su persona. Los católicos, que constituían la mayoría del condado, habían reclutado numerosos y nutridos batallones que sostenían la guerra, contrarrestando los esfuerzos de los quince regimientos republicanos, organizados en las provincias del Este.

El bravo y entusiasta ejército de Carlos Estuard estaba mandado por un joven que apenas contaba veintidós años. ¿Cómo este adolescente pudo alcanzar tan elevado puesto, figurando en las tropas reales hombres de distinción y brillantes oficiales, que habían alcanzado gloria y prestigio en diversas batallas?

Eso es lo que vamos á referir.

Cecilio era sobrino de un anciano y virtuoso Sacerdote católico, organista de los más hábiles, el cual le inició desde muy pequeño en los secretos de la música, de tal suerte, que á esa edad en que se ignoran hasta las primeras reglas de armonía, era el niño un prodigio en el sublime arte.

Asombro causaba verle recorrer con sus diminutas manos el teclado del inmenso instrumento. El órgano, dócil á la inspiración del niño, producía sonidos tan armoniosos y conmovedores, que de lejanos lugares acudían á oírle.

Carlos I anunció entonces su propósito de visitar á Héréford; los habitantes, fieles al culto de la monarquía, le prepararon magnífica y entusiasta recepción. La víspera del día en que debía entrar el monarca preguntó Cecilio á su tío si visitaría el rey la Catedral.

— Sin duda, hijo mío; Carlos I, que Dios guarde, no pertenece á esta generación turbulenta y descreída que ofende la religión y se bafa de sus ministros; nuestro soberano, siguiendo el ejemplo de sus mayores, se complace y enorgullece inclinándose su frente ante los altares.

— Si es así, tío, deseo dirigiros una súplica.

— Dí.

— La de ocupar vuestro puesto en el órgano, durante la Misa real.

— ¿Qué dices? ¡Tú... tan niño...!

— Perdonadme que á este propósito haya compuesto un cántico, cuya música confío que ha de obtener vuestra aprobación.

— ¡Un canto! ¡Tú has compuesto música sagrada! — exclamó asombrado el buen Sacerdote. — ¿Por ventura estamos en la época de los milagros, que por modo tan rápido pueden competir los niños con sus viejos maestros?

Cecilio sacudió graciosamente su rubia cabellera, y dijo sonriendo:

— La culpa es de los profesores; ¿por qué transmiten á sus discípulos su ciencia y su alma?

El Sacerdote abrazó á su sobrino, repitiendo:

— ¡Un canto compuesto por tí! Vamos, vamos á la Catedral, atrevido pequeñuelo; oigamos tu composición y juzgaremos.

— Sí, os pido que la oigáis, y en caso...

— Veremos, veremos si eres digno de ocupar mi puesto en el órgano.

Las doce de la noche serían, cuando el anciano abrió la puerta que conducía á la sacristía; uno de

los guardas de la Catedral tomó una luz, y les precedió en el templo, magnífico edificio sajón que data de fines del siglo XI.

Cecilio se colocó en el puesto con soltura de organista consumado; preludió unos instantes, y con sonora voz, cantó acompañándose el himno sagrado que había compuesto para la entrada del rey.

La voz de un ángel no hubiera hecho mejor efecto en los oídos del Sacerdote. Escuchaba extasiado, sumido en plácido arrobamiento. Cuando los acentos del órgano dejaron de repercutir, abrazó á su sobrino, y besándole conmovido, prorrumpió en frases de alegría:

— ¡Cecilio, mi querido discípulo, mi hijo, tu cántico es una obra maestra! ¡Sí, sí, es necesario que te oiga el rey y mañana te oirá!

II

Nunca estuvo la Catedral de Héréford tan brillantemente ocupada; su espacio no era bastante á contener tanto bizarro caballero, tanta dama ricamente ataviada. Estaba á la sazón en su período creciente la popularidad de Carlos I, y nada hacía presagiar los terribles acontecimientos que habían de ensangrentar las postrimerías de su reinado. Todo parecía sonreír al joven monarca.

Apenas si se percibía de tarde en tarde el sordo rumor de los descontentos que algunos años después habían de conmover la Inglaterra. El rey se mostró muy agradecido á la entusiasta acogida de los habitantes de Héréford. Después de la fiesta cívica celebróse la religiosa. Carlos I y su corte se dirigieron á la Iglesia.

Cuando el rey, bajo palio de púrpura y oro, franqueó el atrio, el órgano elevó de repente sus melodías; inundó de armonías la vasta nave del gótico templo.

El rey se detuvo admirado; los asistentes quedaron inmóviles, con la mirada fija en el instrumento sagrado; era que la voz de Cecilio, pura, vehemente, matizada de cadencias y trinos seductores, formaba un conjunto majestuoso, ideal, con las notas que el joven artista hacía brotar de sus dedos.

Al concluir, el rey, sin poder contenerse, aplaudió, y los cortesanos, á pesar de la santidad del lugar, batieron palmas.

Terminada la ceremonia, Carlos I llamó á su presencia al anciano Sacerdote.

— ¿Conocéis al autor de esta admirable música?

— Es un sobrino mío, señor.

— Deseo conocerle, así como á su digno intérprete.

— El organista es también mi sobrino, señor.

— Podéis, Padre, vanagloriaros — dijo el rey, rebotando satisfacción — de tener en vuestra familia dos artistas de mérito. Deseo recompensar á los dos.

— Perdonad, señor, si me he explicado mal; no tengo más que un sobrino, Carlos Cecilio, que es el que ha compuesto y ejecutado el himno que tanto ha agradado á V. M.

— Tanto mejor — repuso el monarca con paternal sonrisa; — la doble recompensa que queríamos otorgar á dos, la reuniremos en vuestro sobrino... Es muy justo, muy merecido.

Dicho esto, apareció Cecilio temblando de emoción. Al ver al joven, mejor dicho, al niño, puesto que apenas contaba catorce años el organista-compositor, el rey dijo sorprendido:

— ¡Cómo! ¿Es este el sobrino de que me hablabais?

— Sí, señor — contestó el cura.

— ¿El autor de esa pieza deliciosa, de esa música sentida y tan perfectamente interpretada, es este niño?

— Yo soy, señor — replicó Cecilio, turbado por la modestia. — Yo la he compuesto, aleccionado por mi maestro.

— ¡Ah! — exclamó entusiasmado el rey. — Tú harás suerte, rapaz; y acariciándole, dijo: el divino arte te ha coronado desde la cuna.

Alzó al organista, que permanecía arrodillado, y añadió:

— Acepta este anillo en recuerdo mío; si te hallas con valor para separarte de tu tío, ven á Londres; desde hoy quedas agregado á nuestra Real Capilla, y nos encargamos de tu porvenir.

— ¡Bendito seas, señor! — balbuceó Cecilio, besando y cubriendo de lágrimas la mano que el rey le tendía.

El viejo Sacerdote no pudo hablar; le ahogaban los sollozos; pugnaban en él la dicha y el temor de perder á su sobrino.

III

Años después, Carlos I salió de Londres dispuesto á batir la revolución. A indicios del peligro que su bienhechor corría, Cecilio, por acto de heroica resolución, se atrevió á decir al rey:

— Señor, permitidme trocar la lira por la espada, y abandonar el campo de la armonía por el de la guerra.

— ¡Comprendo! Deseas...

— Luchar, combatir á vuestro lado; ¿por qué no? En la hora del peligro, todos debemos probar con actos nuestro valor y nuestra fe.

Carlos I le contempló enternecido.

— Os lo suplico de rodillas, señor — continuó el mancebo; — admitidme en vuestro ejército, y veréis cómo la mano que maneja las teclas sabe sostener con tanto vigor como cualquiera otro, la espada.

— ¡Oh mi valiente artista! — exclamó Carlos abrazándole. — ¡Cuando tantos nobles, tantos guerreros me abandonan, me ofreses tu brazo! Dios te bendiga por el bien que me dispensas, consolándome en estos días de prueba y desengaños. ¡Tú serás soldado, servirás bajo mis banderas y venceremos ó moriremos juntos!

— ¡Venceremos, señor; la causa es justa!

El rey ahogó un suspiro; conocía mejor que nadie las tempestades que presagiaba el horizonte político. Cecilio desempeñó su cargo militar á conciencia y con entusiasmo. Entró en la carrera de las armas con el ardor reflexivo, la afición y el empeño que había desplegado en el estudio de la música, que á tan gran altura le colocó, apenas fué conocido.

Adquirió tal ascendiente por su bravura y saber, que no emprendía Carlos I ninguna expedición de importancia sin consultarle.

A la edad en que otros empiezan, Cecilio se puso á la cabeza de las tropas del condado. No nos detendremos á referir las vicisitudes bien conocidas, de los últimos días del reinado del mejor y más infortunado de los Estuardos; sábase ya de qué suerte los escoceses le traicionaron y vendieron á Cromwell. Carlos I fué condenado á muerte, y ejecutado en Wite-Hall en 1649.

Apenas el hacha homicida cercenó implacable, la hermosa cabeza del soberano, un joven se lanzó al cadalso, sacó un pañuelo blanco, lo empapó en la sangre real y desapareció gritando:

— ¡Estuardo, juro vengarte!

En vano le persiguió aquella soldadesca desenfrenada. Cecilio, era él, halló asilo seguro hasta la noche, en la que, gracias á un disfraz, pudo salir de Londres y desorientar á los sectarios de Cromwell. Reconquistó el condado de Héréford, reorganizó los restos diseminados de las fuerzas realistas, que desanimadas y abatidas vagaban por la comar-

ca, y sostuvo durante algunos meses, una desesperada guerra de guerrillas.

El protector, rebelde cuando súbdito, quiso vencer esta resistencia, y dispuso marchasen al conda-do tres de sus mejores divisiones, con orden de batir á los realistas sin tregua ni cuartel. ¿Qué iban á hacer, pues, estos pobres, extenuados por el hambre y la fatiga, mal armados, faltos de todo recurso, y víctimas de traiciones y emboscadas? Morir por defender su bandera, sin esperanza de verla enhiesta, y así lo hicieron. El antiguo organista fué mortalmente herido en un combate.

— El golpe es mortal — dijo á uno de sus oficiales. — Dame tu caballo; quiero antes de morir despedirme de Héréford, mi ciudad natal.

IV

Llegó á media noche. A pesar de los atroces sufrimientos que le causaban las heridas, no se detuvo un instante; atravesó la ciudad al galope, dirigiéndose á la Catedral. Saltó, mejor dicho, se dejó deslizar del caballo, y llamó á la puerta de la sacristía.

— ¿Quién va?

— ¡Yo, Carlos Cecilio, abrid!

El guarda reconoció la voz del organista, y se apresuró á darle asilo.

— ¿Dónde está mi tío? — preguntó con débil voz.

— Abajo, señor, haciendo oración ante el altar de San Eduardo.

— Conducidme.

Cecilio se apoyó en el brazo del guarda, y penosamente fué arrastrándose hasta el altar. Su tío quedó sobrecogido viéndole pálido, ensangrentado y sosteniéndose apenas.

— ¡Hijo mío! ¡Querido niño! — prorrumpió el anciano, cubriéndole de besos y lágrimas. — Pronto, un médico, ¡socorro, socorro!

— No llaméis á nadie, mi buen tío, todo es inútil. Mi hora está próxima, sólo me quedan unos instantes de vida; dadme la absolución de mis pecados.

Y puesto de rodillas, unió santamente las manos.

Conmovedor espectáculo era el que ofrecían el anciano Sacerdote, extendiendo sus temblorosas manos sobre la cabeza de aquel hermoso joven, que, semejante al lirio tronchado, se inclinaba para morir.

Cuando el Sacerdote pronunció las frases de perdón, Cecilio pareció reanimarse. Sus ojos brillaron; un reflejo de felicidad iluminó su semblante; levantó la vista, y volviéndose hacia la alta tribuna en que el órgano, ese órgano que antes animaba su genio, reposaba triste y silencioso, dijo con inefable sonrisa:

— ¡Padre mío, ayudadme á subir hasta el órgano!

El Sacerdote obedeció, ahogando sus sollozos.

Sentía el pobre Cecilio debilidad extrema; pero al colocar las manos en el teclado, experimentó como un choque eléctrico que, galvanizándole, le devolvía su primitivo vigor.

Por esfuerzo supremo, el genio artístico contrarrestaba los esfuerzos de la muerte. Preludió, y preludió con mano tan firme, con igual entusiasmo por su arte que el día en que el rey Carlos hizo su entrada solemne en la Catedral. Luego cantó con voz tan pura y sonora como cuando había excitado el entusiasmo y la admiración del monarca.

Tán maravillosamente cantó, que el anciano, cerrando los ojos y juntas las manos, retenía su aliento, y murmuraba:

— ¡Será esta una prueba á la que queráis someterme, Dios mío! ¡No, Cecilio no está moribundo, vivirá! ¡Permitid, Dios mío, que no muera!

Pero la voz del organista se debilitó; á la pos-

trera nota cayó como herido del rayo. La vida voló con el último suspiro de su obra; el órgano gimíó algunos instantes... Luego reinó en la Catedral silencio de muerte, turbado sólo por la oración fúnebre y los doloridos ayes del Sacerdote.

V

El anciano depositó el cadáver, y bajo una losa de la antigua Iglesia, precisamente debajo del órgano que Cecilio tanto amó, enterró secretamente á su hijo adoptivo. Las tropas de Cromwell ocupaban á Héréford; temía profanasen la tumba del que no pudieron prender vivo.

Después del advenimiento de Carlos II, se grabó un epitafio sobre la losa funeraria de Cecilio. El cántico que tanto elevó su espíritu y que fué repetido en su última hora, forma parte de los aires nacionales de Inglaterra.

Los viejos servidores de la Catedral de Héréford cuentan que un día del año, la noche aniversario de su muerte, sale Cecilio de su tumba envuelto en blanco sudario, sube al órgano y se oyen melodiosos acordes, que por lo suaves y lejanos, parecen venir del cielo. Guardaos de intentar hacerles comprender que los ruidos exteriores que se oyen, los ocasiona el choque del viento contra las vidrieras de la vieja basílica. Dejad á cada uno gozar con sus visiones y ensueños. ¿No es por cierto ilusión la mitad de nuestra vida? No os burléis de los que se aproximan religiosamente al órgano, persuadidos de que oyen y ven al amado Cecilio, al genio del arte y al soldado de la monarquía. ¿A qué entristecerlos, borrando de su mente esta legendaria figura?

El organista está muerto, y no se levantará de su tumba hasta el día de la resurrección. Pero el recuerdo de su nombre vive y vivirá en la memoria de los hombres, gracias á su cántico inmortal.

S. MONTESA.

ASOCIACIONES BENÉFICAS

LA PROTECTORA DE LOS NIÑOS

En breve se abrirá al público el hospital provisional de niños incurables que esta Sociedad ha establecido en un hotel de la calle de Ayala. La Sociedad se propone recoger esos desgraciados niños lisiados ó deformes que en manos de gentes sin conciencia sirven de objeto de especulación, exponiéndoseles como fenómenos en las ferias ó excitando la caridad pública por calles y plazas.

También albergará La Protectora en su hospital á niños ciegos, sordo-mudos, tullidos, inválidos ó deformes, hijos de padres pobres que carezcan de medios para atender á sus necesidades, hasta que, alcanzando la edad reglamentaria, puedan ingresar en los colegios de ciegos y sordo-mudos ó en los hospitales para hombres y mujeres incurables.

La Sociedad Protectora desea rodear á esos desgraciados niños de toda clase de cuidados para hacer menos dolorosa su existencia, y espera confiada en la piadosa cooperación de las buenas almas.

S. M. la Reina ha acogido con verdadero entusiasmo el pensamiento de levantar un edificio para la instalación definitiva del hospital de niños incurables; y recordando que su esposo fué protector de la Sociedad, como lo es hoy el Rey su augustó hijo, manifestó deseos de que el niño Rey y las infantas sean quienes inauguren el álbum de suscripción que ha de abrirse inmediatamente, en la esperanza de

que otros niños de clases privilegiadas que gozan de bienestar, cooperen á tan caritativa empresa, en favor de los niños pobres, enfermos y sin amparo.

CRÓNICA

El Ilmo. Sr. D. Demetrio de los Ríos, Arquitecto director de la restauración de la Catedral Legionense, que con motivo del Jubileo Sacerdotal envió á Su Santidad León XIII un ejemplar primorosamente manuscrito y lujosamente encuadernado de su hermoso poema inédito *España católica*, ha recibido en contestación á su obsequio una extensa carta de Mons. Rampolla, que en nombre del Papa agradece y elogia en términos tan justos como halagüeños la excelente obra del Sr. de los Ríos, á quien Su Santidad envía una especial bendición.

No podía el distinguido arquitecto haber ofrecido á Su Santidad obsequio más propio de su augusta jerarquía, ni tributo más elocuente de los sentimientos de nuestra religiosa patria, puesto que el asunto capital de su obra es verdaderamente la catolización de España.

Las turbulencias religiosas del reinado de Leovigildo, el martirio de Hermenegildo, la fe de Recaredo, las virtudes heroicas de Leandro é Isidoro, constituyen la acción dramática y grandiosa de esta epopeya cristiana, en la cual con alta inspiración y armoniosos versos describe su autor concilios, batallas, banquetes, conspiraciones y escenas íntimas, llenas del más vivo color de época.

Espérase la publicación de esta obra, que tanto interés ha de despertar en el mundo católico y literario.

— El Alumbrado del Santísimo Sacramento ha celebrado su novenario anual, en la Iglesia del Carmen Calzado, con la grandiosa solemnidad de costumbre, pronunciando sermones de mañana y tarde nuestros primeros oradores sagrados y siendo tal la concurrencia de fieles, que á ninguna hora ha dejado de verse lleno el vasto templo. Es esta una de las funciones religiosas á que con mayor fervor acude el pueblo de Madrid; la Archicofradía del Alumbrado contribuye, como pocas, á mantener vivo el espíritu católico.

— Resuelto se halla el nombramiento del Ilustrísimo Sr. Obispo de Derbe para la Sede Oscense, y el de Auxiliar de la Cesaraugustana á favor del Canónigo-Tesorero del Cabildo de Zaragoza, D. Mariano Supervía.

La ciudad de Huesca está de enhorabuena; y en cuanto á Zaragoza, sólo el nombre del Sr. Supervía hubiera sido bastante á llenar el vacío que el Ilustrísimo Sr. Alda dejó.

— Los días 18, 19, 20 y 21 del mes actual, se celebrarán en la Santa Iglesia Catedral, solemnísimos cultos en honor de los tres Santos de la Compañía de Jesús San Pedro Claver, San Juan Berckmans y San Alfonso Rodríguez, últimamente canonizados, y de los cinco mártires de la misma Compañía que han sido beatificados.

— El Centro Artístico de Granada, en su constante deseo de fomentar el estudio y contribuir al progreso de las Bellas Artes é Industrias relacionadas con ellas, en cuanto lo permiten sus elementos, ha acordado celebrar Concurso de bocetos y Exposición local de Arte moderno é Industrias artísticas durante las próximas fiestas del Corpus.

— En los primeros días de Junio próximo se verificará un Consistorio, en que el Papa preconizará á varios Obispos, reservando la creación de Cardena-

les para el Consistorio siguiente, que se celebrará cuando se cierre la Exposición Vaticana.

Se dará á este acto gran solemnidad. Su Santidad se propone conceder recompensas á los autores de los mejores trabajos que figuran en la Exposición.

— Se halla en Granada, acompañado de su esposa, el ilustre escritor alemán, gloria de las letras y regocijo de las musas, D. Juan Fastenrath.

Hijo adoptivo de Sevilla, socio de mérito de la Real Económica de Amigos del País de Granada, agraciado por el gobierno español con las más altas distinciones, nunca será bien correspondido el entusiasmo que siente por nuestra patria y literatura nacional, enriqueciéndola con su obra *La Walhalla*, en que brilla la riqueza del idioma castellano, y popularizándola en Alemania con las producciones que en su lengua nativa ha consagrado á su estudio y elogio y á cantar las grandezas de nuestro pueblo.

Granada tiene especiales motivos de gratitud al poeta de Colonia — dice un periódico de aquella capital — sus romances, leyendas y tradiciones son populares en Alemania, merced á los libros que Fastenrath les ha consagrado, y cuando la desgracia nos abrumó con desconsoladora pesadumbre, el insigne vate levantó su voz en las orillas del Rhin, convirtiendo hacia nuestras desventuras los generosos sentimientos de su patria; entonces publicó, en inspirados versos, sus *Granadinische elegien*, de que ha traducido algunas de sus composiciones el catedrático de aquel Instituto, D. Mariano Gurría.

— Ha sido concedida la Gran Cruz de Carlos III al venerable Prelado Fr. D. Pedro Payo, Arzobispo de Manila.

— Entre los innumerables presentes hechos al Papa, y que excitan la admiración de cuantos visitan la Exposición Vaticana, se encuentran los instrumentos científicos inventados recientemente por varios ilustres sacerdotes, como por ejemplo: los sismógrafos del P. Secchi y del Canónigo Gali, el termómetro del P. Bostelli, el mareógrafo del Rdo. Tono, el anemómetro del P. Denza, el pluviógrafo del Canónigo Bonino, el teletopómetro del Rdo. Cerebotani, etc., etc. Esta colección de instrumentos, que indican con gran precisión tantos y tan varios fenómenos naturales, es una prueba evidente de lo mucho que cultiva las ciencias el sacerdocio.

— Según la *Gerarchia Cattolica* ó Anuario pontificio que acaba de publicarse, resulta que bajo el Pontificado de León XIII, Su Santidad ha erigido 123 nuevos títulos, á saber: una Sede Patriarcal en las Indias, 19 Arzobispados, 57 Obispados, una Delegación Apostólica, 34 Vicariatos y 11 Prefecturas Apostólicas.

— En el África austral, existen actualmente 20 Compañías por acciones para la extracción de los diamantes. Una sola de estas Compañías lleva extraídos en pocos años 17 millones y medio de quilates, ó sean 72 quintales de diamantes, cuyo valor ascendió á 600 millones de pesetas. Los gastos fueron 400 millones; de modo que el beneficio líquido ha sido de 200 millones.

Para conseguir estos 72 quintales de diamantes, se han removido ó hecho saltar 400 millones de quintales de tierra y de rocas.

Las acciones de una de estas Sociedades, que á la par valen 125 pesetas, llegaron á cotizarse á 600, bajaron luego á 50 y han vuelto á subir lentamente hasta 600.

Los negros empleados en estos trabajos, están sumamente vigilados, y se les obliga á dormir en vastos edificios organizados como cuarteles, para que sea más fácil la vigilancia y más difíciles los robos. Á pesar de todas las precauciones, se calcula que los diamantes robados cada año valen hasta 250 millones de pesetas.

— Una nueva Encíclica de Su Santidad da gracias á todos los Obispos con motivo del Jubileo. Prescribe que en todas las Iglesias del universo se digan Misas en sufragio de los difuntos el último domingo de Septiembre. El Papa celebrará en dicho día el gran Oficio fúnebre.

— La cuestación de Semana Santa en favor de las Casas de Socorro de Madrid ha producido más de 15.000 pesetas.

— Mañana, si el estado atmosférico lo consiente, es el día señalado para que se celebre en el hipódromo el anunciado festival de niños de las escuelas municipales. La previsión de la Junta evitará, sin duda, que este acto no perjudique á la salud de los niños, contando con la tierna edad de muchos de ellos.

— El 10 se verificó en París la solemne sesión de apertura del Congreso científico internacional católico, que presidió el Nuncio de Su Santidad, con asistencia de más de novecientas personas.

— En Barcelona ha abierto el Círculo Artístico la Exposición anunciada de dibujos, acuarelas, esculturas de salón, medallas, pasteles, grabados, litografías y trabajos obtenidos por distintos medios de reproducción. En los salones del Círculo se hallan expuestas las obras remitidas por conocidos artistas de aquella capital, é iluminadas convenientemente por medio de aparatos de gas, puesto que la Exposición sólo se halla abierta de ocho á once de la noche. Bonitas plantas ornamentales contribuyen al buen aspecto que presenta el local del Círculo. Entre los trabajos expuestos figuran excelentes dibujos, algunas acuarelas y obras al pastel, esculturas, medallas y grabados.

— Una Hermana de la Caridad que desempeña su heroica misión en un hospital de Beyrouth, Siria, donde actualmente se dejan sentir los terribles efectos de la epidemia variolosa, escribe al Rdo. P. Fiat, Superior general de los Lazaristas, dando cuenta del satisfactorio resultado que está allí dando el benéfico establecimiento, no obstante la imposibilidad de poder recoger á todos los enfermos, arrojados inhumanamente á la calle para que no contagien á los demás miembros de la familia. Las Hermanas de la Caridad, siempre dispuestas á practicar su abnegación sublime, han habilitado nuevas salas para los hombres é improvisado una ambulancia para las mujeres.

El Gobierno francés, teniendo en cuenta los grandes méritos contraídos por la venerable Sor Gelas, superiora de las Hermanas de la Caridad y directora de los hospitales de Beyrouth, ha condecorado su pecho con la cruz de la Legión de Honor.

A este propósito dice un periódico:

“Allá lejos se condecora á estas dignas religiosas; aquí, en Francia, se las expulsa.”

— El libro titulado *Leonis XIII carmina*, recientemente publicado por el profesor Jeremías Brunelsi, y cuya impresión ha autorizado el Papa á fin de que sus productos se destinen á cierta obra pía de Odine, que está bajo el personal patronato del Romano Pontífice, ha sido vertido al castellano por el Sr. Carulla, y se compone de treinta y tres trabajos, poesías latinas la mayor parte, algunas italianas y ciertas inscripciones. Entre ellas son dignas de mención las tituladas *De se ipso*, en la que León XIII hace su propia auto-biografía, *Ars photographica*, dedicada á cantar el poder del genio y los milagros del progreso científico, que ha robado al sol sus rayos para con pincel divino fijar sobre la placa la imagen de los hombres; los epigramas, elegías y juguetes poéticos que consagra á sus amigos y á cantar sus primeros estudios y dolencias, y los hermosos him-

nos á los santos Obispos y mártires de Perusa, Herculano y Constantino.

— Es objeto de notables estudios la idea de enlazar á Inglaterra con el Continente. Dos son los proyectos presentados: un túnel submarino y un puente metálico de 35 kilómetros tendido á través del Estrecho. El primer proyecto parece definitivamente rechazado, y á la construcción del puente tienden los esfuerzos de cuantos se interesan en la realización de la idea.

El trazado que se adopta para la construcción del puente, no seguirá la línea más corta, sino aquella en que el agua tiene menos profundidad. Así se obtiene una línea dos veces quebrada, hacia el Norte. El punto de partida del lado francés será el cabo Criz-Nez.

El elemento principal de la construcción será el hierro, que ha permitido construir en América los puentes del Niágara, de San Luis, y más recientemente el de Brooklyn, cuyo tablero salva una distancia de cerca de 500 metros.

El tablero del puente que se proyecta tendrá 30 metros de anchura; contendrá cuatro vías férreas y un camino para la inspección y los peatones. A intervalos habrá puestos de vigilancia y vías apartaderos.

Difícil es fijar el coste que requerirán las fundaciones de semejante obra. Deduciéndolo del volumen probable de las fábricas, Mr. Hersent lo calcula en 360 millones de francos; la construcción metálica está presupuestada en 525 millones. Pero es preciso añadir á estas cifras, los gastos necesarios para el enlace con las líneas férreas de ambos países, gastos que se calculan en 57 millones, lo cual da una suma de cerca de 1.000 millones de francos.

— Mientras el Gobierno de la República derriba iglesias y casas de piedad, suprimiendo comunidades, asociaciones religiosas, escuelas y cuanto puede recordar y enaltecer la civilización cristiana, el pueblo católico, alentado por sus Prelados y por otras personas que á sus sentimientos religiosos unen grandeza de alma y serenidad de espíritu, se apresura á reedificar cuanto el Gobierno destruye, como acaba de ocurrir en Hezo, población del Obispado de Vannes.

No queriendo privarse aquellos vecinos de la educación cristiana que deben recibir sus hijos, á despecho de las prohibiciones de la República, propusieron levantar un edificio sobre el terreno que la caridad puso á disposición de las pobres religiosas, y sin contar con otros recursos que sus propios esfuerzos, dieron principio á la obra.

Unidos por un mismo deseo, hombres, mujeres y niños, encargáronse de proporcionar materiales para la edificación, transportándolos por sí mismos, ayudando en su ruda tarea á los albañiles, carpinteros, pintores y demás operarios empleados en los trabajos, hasta ver terminada al cabo de dos meses la comenzada obra, que ha resultado un hermoso edificio, destinado, como queda dicho, para escuelas cristianas.

El Sr. Obispo de Vannes ha bendecido ya las escuelas creadas por los sentimientos católicos de la población del Hezo.

Estos ejemplos se repiten cada día en los pueblos de la nación francesa.

— En Rusia se han hecho experimentos para grabar automáticamente; se pretende sustituir el buril por los ácidos. Es un hecho conocido que la madera sumergida por algún tiempo en ácido sulfúrico y nítrico y tratada luego con sosa, se convierte en una sustancia semejante al algodón pólvora. La dificultad de convertir la madera en sustancia explosiva consiste hasta ahora en que las soluciones empleadas penetran en los poros de la madera y comen hacia

los lados. El inventor, teniendo esto presente, adopta un pedazo de boj; lo sumerge en algunas soluciones con objeto de cerrar por completo los poros y evitar la entrada del ácido. Preparada así la madera, se pule la superficie y se le da á los lados y debajo asfalto para evitar la acción del ácido; la superficie pulida se prepara como para los procedimientos fotomecánicos, con gelatina bicromatada; se expone debajo de un negativo y se desarrolla el dibujo por el sistema conocido; se entinta y polvorea con asfalto, calentándolo sobre una llama para que se derrita este último, y forme una capa impenetrable para el ácido. Se introduce en los distintos baños de ácido y se lava; esta operación requiere de seis á diez horas; pasado este tiempo se habrá operado el procedimiento químico conocido; pues el gas carbónico, al unirse con el sulfato de hierro soluble, depositase

como carbonato de cobre en forma de un polvo verde. Este polvo se quita de las profundidades con un cepillo fuerte ó de alambre; el asfalto se disuelve con bencina; se lava, y el cliché queda apto para la impresión.

NOTAS SUELTAS

— Oye, *Petaca*, ¿cuántos motes os ponen? Primero tomaores, luego ratas y ahora blasfemos. Y digo yo; si á los blasfemos aquí nadie los castiga...

— ¡Pues ahí veras!

— Y todo por no llamaros lo que sois: ladrones.

— Gachó, ¿no lo entiendes? Es para disimular.

Como robamos con arte, nos protege la prensa y el público y nos sacan en zarzuela. ¡Y poquita gracia que hacemos!

— Comprendió, hombre, comprendió. ¡Vamos, que tenéis un oficio muy mimao!

*
* *

Entre maridos:

— Ya sé que estás encantado de tu Enriqueta.

— Es un ángel, una mujer de su casa. Figúrate que me arranca los botones de la ropa, por el placer de volverlos á coser.

*
* *

En la playa:

— ¡Qué espectáculo el del mar!



LA RÍA DE AMER, POR FÉLIX MESTRES.

— ¡Magnífico! ¡Increíble! ¡Cuánta agua habrá ahí!
— ¡Y eso que no vemos más que la de encima!

*
* *

El plano más inclinado que se conoce, es el camino del vicio.

El hecho más sencillo decide á veces, de nuestro porvenir.

No creas en la amistad del que siempre alabe tus actos y aplauda tus palabras.

Dios nos ha dado dos oídos y una lengua, para que escuchemos más que hablemos.

El sabio verdadero practica el bien; el falso sabio le aconseja.

Aunque no te encarguen un secreto, calla; porque para recoger lo dicho no hay medio, y para hablar siempre estarás á tiempo.

La verdadera virtud no es rígida y huraña, sino afable y expansiva.

No hay más peligroso conspirador que un pobre sediento de goces.

Tener afición á oír buenos consejos y no seguirlos, es igual á elegir manjares por su buen olor y no comerlos.

El mal que hacemos á otro, nos persigue con la misma asiduidad que la sombra al cuerpo.

El que es esclavo de su cuerpo, no puede amar á su prójimo.

No es bueno escribir sobre arena los beneficios: ni sobre mármol grabar los agravios.

El que te refiere las faltas de los ausentes, contará las tuyas cuando no estés presente.

*
* *

A la salida de una función de comedia italiana:

— Papá, ¿por que se reía tanto la gente? ¿Qué decían esos cómicos? Yo también me he reído, pero sin entender una palabra.

— Pues para eso precisamente hemos venido; para divertirnos sin saber por qué.

*
* *

Maestro: — ¿Cuál es el animal más parecido al hombre?

Discípulo, después de reflexionar: — La sanguijuela.

*
* *

— ¿Has dejado los pinceles para hacerte médico?

— Sí.

— ¿Y cómo es eso?

— Porque en pintura las faltas se exponen, y en medicina se entierran con el enfermo.

*
* *

La Marquesa y su hija:

— Advierto cierta inclinación del Conde hacia tí, y también que siempre le recibes mal.

— Es que detesto su amor propio de político encumbrado.

— Según. El amor propio tiene dos caras. Herido, no perdona; pero tranquilo, suele producir alguna acción buena.

— De todos modos, siento contra él invencible antipatía.

— Pues piensa, á tu vez, lo que se ha dicho de la antipatía. Es un odio violento que no raciocina.

JABON REAL VIOLET JABON
DE THRIDACE unico inventor VELOUTINE
29, B^a des l'Alliance, Paris
Recomendados por autoridades medicas para Higiene de la Piel y Belleza del Color.

Tip. de los Huertanos, Juan Bravo, 5. — Teléfono 2.198.